



LOS CLAVELES ROJOS



¡Dios sabe las fatigas que pasó el pobre *Achares* para realizar el sueño de toda su vida: ser matador de toros! Su decidida vocación por la tauromaquia le hizo abandonar un jornal seguro y acaso un porvenir en el oficio para marchar de pueblo en pueblo á las capeas. Mas tarde logró matar en novilladas y todos convenían en que era una verdadera esperanza del toreo.

Aquella mañana acababa *Achares* de abandonar el despacho del empresario.

Radiante de júbilo salió derecho para casa de su novia, la Rocío, una morena de diez y ocho años, con dos ojazos negros muy negros y un cuerno... ¡qué aquí de los Santos!

Desde Triana á la Macarena era conocida la Rocío y lo más granadito con pantalón de talle había caído á sus pies, presos en la red de sus encantos seductores, porque la niña era lo que se llama «canela de la fina»; pero nada, aquella reja recibía los melancólicos jipios de las Soleares y las cadenciosas notas de las Granadinas con la frialdad de sus gruesos barrotes. Aquella ventana permanecía cerrada siempre; solo cuando *Achares* llegaba abríase, y daba paso á tantas ternuras, á tanta pasión, como se respiraba en aquellas noches hermosísimas, con un ambiente saturado de perfumes, con un cielo purísimo, y á lo lejos las plateadas ondas del Guadalquivir deslizándose silencioso entre dos márgenes de tupida verdura.

La calle estaba silenciosa, pues siendo una de las menos céntricas, los transeúntes eran escasísimos. ¡Qué alegre marchaba el pobre *Achares*! Aquella tarde mataba en Sevilla, se lo había prometido el empresario.

Sudoroso y jadeante llegó á la reja, dió dos golpecitos en el cristal y momentos después se asomó la Rocío.

—Vengo á darte la gran noticia: que esta tarde mato.

—Oye,—dijo Rocío,—¿pero es de veras? ¡Anda, gansa viva, lo que tú quieres es quedarte conmigo!

—¡Ojalá pudiera, alma mía! Pero que te conste que te digo el Evangelio. D. Narciso me ha recomendado, yo he dicho que con que me dejen coger el estoque basta y... ná, que como la Virgenita de la Esperanza me ayude vas tú á oír en de aquí las palmas... ¿Qué te parece?

—Que me alegro requetemuchito y solo siento que... los toros...

—¿Qué?

—Tengan cuernos.

—Vamos niña, tú te crees que los van á llevar postizos; casualmente me ha dicho *Pelillos* el barbero de la encrusijá que los dos míos son dos catedrales.

—¡Ay, vaya por Dios!



—Y alumbrás y tóo ¡con unas velas! pero no pienses en eso; las catedrales se hunden y las velas se apagan; lo que jace falta es que no le quemén á uno ni le cojan debajo. Con que ya lo sabes, á las cuatro la corría. Adiós, mi alma.

—¡Adiós niño!

—Oye, se te ha olvidao darme eso.

—¡Toma! (arranca dos hermosos claveles de nívea blancura que besa.) No dejes de venir escapao en cuanto termines; que no te separen de ellos.

—En el pecho los llevaré como te llevo á ti, entrañitas mías.

Se saludan con la mano y ella permanece en la reja hasta perderle de vista.

En el reloj de la Iglesia acaban de dar las tres de la tarde. El calor es sofocante, horrible, como solo se siente en Sevilla.

En una alcoba modesta, con sus paredes blancas de la cual pende una imagen de Nuestra Señora de la Esperanza, Rocio de rodillas ante la Virgen reza. Dos lamparillas de aceite parpadean cerca del cuadro y el silencio más completo envuelve la escena. Las horas transcurren con monotonía espantosa, solo se escucha el tic-tac de un reloj colocado sobre modestísima consola. Por fin dan las seis y *Achares* no parece. Rocio inquieta se dirige á la ventana y escudriña con sus hermosos ojos el horizonte rojizo sobre cuyo fondo se destacan la Giralda y la Catedral. De repente un rumor de voces llega hasta ella, al principio apenas perceptible, pero que se aproxima por instantes.

—Su cogida ha sido horrorosa ¡pobre muchacho!

—Desengañase usted amigo, no es posible cefñirse tanto con un animalito tendencioso.

Rocio no pudo escuchar más, un presentimiento horrible atravesó por su cerebro y cayó de rodillas delante de la Virgen murmurando:

—¡Ampárale madre mía! ¡ten compasión de él!

Instantes más tarde un mono sabio llega á escape.

—¿Está la Rocio?—exclama acercándose á la ventana.

—Yo soy, ¿que, que...

—Vengo á traerle esto que ha encargao el herido...

—¡A ver!—dijo ella abalanzándose sobre un par de claveles— ¡Dios mío! ¡si estos son rojos!... sí... la sangre...

Y mientras caía anonadada sobre una silla besando con vértigo los «claveles rojos» allá á lo lejos escuchábase la voz estentórea de los vendedores que pregonaban: «El extraordinario de *El Noticiero* con la cogida y muerte del *Achares*!»



FERNANDO DE URQUIJO



A. Hebert: LAVANDERA ITALIANA

Ayuntamiento de Madrid

LA LÓGICA DEL VALOR

Carlos Cotton crecía en ese ambiente de pelea en que se desarrollan los odios y las pasiones; en ese batallar sin tregua de la prensa donde las energías se agostan y las ilusiones se desvanecen; en esa interminable lucha por conseguir la gloria, que una vez alcanzada se desprecia y se esfuma como el recuerdo de la mujer hermosa que al acercar á nuestros labios la copa del placer, nos dió la sensación de los carnales amores.

Era una inteligencia vulgar, un escritor adocenado con pretensiones de «genio».

Dióle el trato de gentes la cortesía de la forma; superficial cultura el estudio; y su fuerza de voluntad, esa envidiable osadía de los que quieren subir á todo trance.

El triunfo ageno le irritaba, despertando en su cerebro la calumnia. ¡En el cerebro aquél donde las ideas de nobleza dormían el eterno sueño y conservaban el encanto de su virginidad!

Con tales condiciones, Carlos Cotton, hallaba constantemente insuperables obstáculos para lograr el ideal de su existencia, y poco á poco se fué agriando su carácter.

Al principio de su carrera literaria buscó la popularidad en el trabajo; pero es triste suerte la del que pretende volar sin alas.

Después, quiso hacerse notar por la acometividad en el ataque, fustigando á los más grandes prestigios de la política, del arte y de la ciencia.

Comprendiendo los peligros á que se exponía, en vez de frecuentar las bibliotecas, cultivaba el sport de la gimnasia y de la esgrima.

Bien pronto se distinguió por su destreza en las salas de armas y era un factor indispensable para las cuestiones de honor.

La popularidad que no supo alcanzar con la punta de su pluma la consiguió con la punta de su espada.

Envanecióle el triunfo, aunque no satisfacía en absoluto las aspiraciones de su temperamento; porque la prensa, al ocuparse de él, hablaba del «conocido sportman» y «distinguido periodista» sin reconocer al «sociólogo eminente» ni al «exímio escritor».

Cierto día en que hubo de intervenir en un lance personal, el noticiero de un periódico tuvo la osadía de estampar su nombre sin colocar adjetivo alguno á continuación. Aquello era una falta de compañerismo imperdonable y así se lo manifestó Carlos al redactor-jefe del periódico. La escena se desarrolló en Fornos motivando consecuencias desagradables.

—¿Quién ha sido el imbécil que ha redactado esta noticia?—preguntó Carlos al citado escritor.—¿Cuál el necio que autorizó su publicación?

—Perdone usted, Carlos,—interrumpió el aludido.—Todavía no forma usted parte de la redacción de un periódico, para que se pueda asegurar que lo dirige un necio, ni que está escrito por ningún imbécil.

Los que presenciaban la escena palidecieron presintiendo algo terrible.

La contestación de Antonio Verdagner, tratándose de Cotton, significaba la dimisión de la vida. Tal era su fama de espadachín y de valiente.

Carlos se levantó iracundo, y antes que sus compañeros pudieran impedirlo, se apoderó de una botella que lanzó como un ariete sobre Antonio Verdagner. Este recibió el golpe en el pecho, sin inmutarse ni vacilar en el asiento.

Se promovió el escándalo consiguiente á un acto de tal naturaleza.

Metiéronse por medio amigos, camareros y consumidores, procurando calmar las iras del agresor, que parecían desbordarse.

Verdagner permaneció en su puesto, limitándose á cambiar su tarjeta con el autor de la agresión.

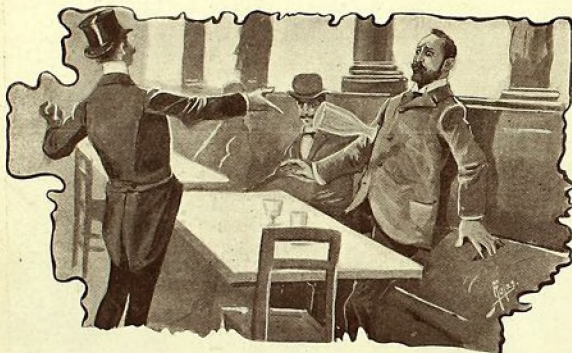
Nombráronse padrinos y aquella misma noche quedó concertado el lance para la mañana siguiente.

Los que conocían el suceso, se sorprendieron altamente al saber que Antonio Verdagner había renunciado á todos sus derechos en calidad de ofendido. En virtud de esta generosidad, quedó la elección de armas á favor de Carlos Cotton. Los padrinos de éste, eligieron el sable como arma de combate y Carlos se apresuró á visitar un salón de esgrima para cerciorarse de que no había perdido nada de su proverbial destreza y agilidad.

Largo rato estuvo tirando á sable y á florete con el prevost, hasta que uno de los padrinos que acompañaba á Cotton le dijo:



—No arriendo la ganancia á tu contrario.
 —¿Piensa batirse?—preguntó el prevost.
 —Mañana.
 —Dadle por muerto.
 Los dos amigos rieron la ocurrencia y se alejaron tranquilamente del salón.
 —Vamos al gimnasio,—dijo Carlos.
 —¿Para qué?
 —Quiero probar mis fuerzas y convencerme de que estoy apto para la lucha.
 Las pesas, las poleas, el trapezio, las paralelas, todo lo recorrió Cotton, en tanto que su amigo no se cansaba de prodigar elogios á su vigor físico y destreza.
 Salieron de allí conversando alegremente y cambiando frases de conmiseración irónica para Verdaguer. Este, por el contrario, continuó en Fornos. Cenó allí como de costumbre.
 —¿Es cierto que te bates mañana?—le preguntó un amigo.



—Sí.
 —¿Con Carlos Cotton?
 —Cabal.
 —¿Estás loco?
 —No.
 —Carlos es valiente.
 —Bueno.
 —Y un espadachín temible.
 —Mejor.
 —¿A qué es el lance?
 —A sable.
 —¿Lo manejas bien?
 —No.
 —Perderás la partida.
 —¡Pths!
 Y Antonio Verdaguer, encogiéndose.

dose de hombros, se levantó de su sitio, dió las buenas noches y se retiró á descansar según costumbre.

Al salir él, empezaron los comentarios.
 —Este es un espadachín,—dijo uno.
 —Indudablemente,—agregó otro.—Sino no hubiera cedido la elección de armas.
 A la mañana siguiente se efectuó el encuentro.
 Dada la voz de «atacáo como buenos caballeros» cruzáronse en seguida los sables con rapidez vertiginosa.
 —¡Tocado!—gritó el juez de campo.
 Ambos contendientes bajaron las armas.
 Antonio Verdaguer, procurando no llamar la atención de los padrinos, mirábase recelosamente.
 —¿Dónde me habrá herido?—se preguntaba.
 Levantó la vista, y vió á su contrario con el rostro cubierto de sangre.
 Acudió el médico y reconoció la herida.
 No era nada.
 Un rasguño algo hondo, en la frente, pero de escasa importancia.
 Terminó el duelo y bien pronto corrieron las voces de que Carlos Cotton, el temible espadachín, había sido herido por Verdaguer.
 —¿No lo decía yo?—exclamaba uno en Fornos.—Cuando Verdaguer renunciaba á su derecho de elegir armas es que tenía la seguridad de la victoria.
 —Debe ser un tirador de primer orden,—observó otro.
 —¡Indudablemente!—dijeron todos.
 Mientras se hacían estos comentarios, el interesado y sus padrinos almorzaban tranquilamente en el café de Madrid.
 —Has quedado muy bien,—decía uno.—Pero lo que no acierto á explicarme, es tu empeño en que cediésemos la elección de armas á los padrinos de Cotton.

—Pues muy sencillo,—respondió Verdagner.—Como no sé manejar más arma que la pluma, y Carlos se distingue en todas por su destreza, siendo el lance inevitable lo que me importaba únicamente era caer con arrogancia.

JULIO R. PEDRE



CONFIDENCIA

A ELISA M...

Todo me sonríe: la tierra está alegre,
sereno está el cielo, la mar se halla en calma,
arriba fulgulan radiantes los astros,
abajo los campos, se llenan de galas,
y el inmenso océano se mece bullente
con olas de espuma y reflejos de plata,
llevando y trayendo de un mundo á otro mundo
amor, en sus olas de verde esperanza.

Todo me sonríe,
reina en mí la calma,
pues la que yo quiero, la que ha de ser mía,
se también que me ama.
Y poco me importan los astros del cielo,
ni del mar las olas, ni terrenas galas,
que adoro á una niña, que ostenta en su rostro,
por ojos, dos astros que alumbran y abrasan;
abrasan mi cuerpo,
dan luz á mi alma;
que tiene por labios dos rosas de sangre;
flores perfumadas,
que dan más aromas que las de la tierra,
pues su boca exhala,
álitos de amores
de eterna fragancia;

y en los rizos negros de su cabellera,
ostenta orgullosa, reflejos de plata,
tonos irisados, destellos de seda,
y cuando desata
su pelo, parece
la mar ondulante, tranquila y rizada.
Por eso la quiero; porque ella es mi océano
de ondulantes olas, de saladas aguas,
mecidas á impulso
de ténue resaca;
porque ella, es la tierra donde yo vegeto,
ahita de aromas, de flores cuajada;
y en fin porque es ella, todo el firmamento,
la mansión lejana
donde mora Dios, mas mi Dios es ella,
porque yo sin ella, nunca seré nada.
Muy triste ha de ser, mi pobre existencia
si su amor me falta;
pero así no ocurre; todo me sonríe,
reina en mí la calma,
pues la que yo quiero, la que ha de ser mía,
se también que me ama.

MANUEL MORA

BELLAS ARTES

Resulta de actualidad esta obra, original de uno de los más ilustres representantes de la escuela inglesa contemporánea, por la novísima tendencia que se viene observando á volver á las antiguas *muestras*, que no pocas veces resultaban verdaderas creaciones artísticas.

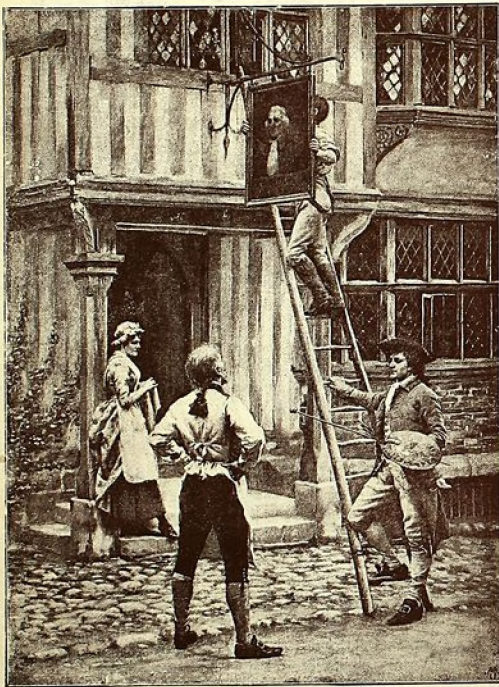
Sabido es, en efecto, que por iniciativa del pintor Detaille, universalmente conocido por sus cuadros de asuntos militares, se acaba de celebrar en París un concurso de muestras de tienda, en el cual han

tomado parte artistas tan eminentes como Gérôme. Y por cierto que éste ha estado felicísimo en el *calembur* de que se ha valido para anunciar una tienda de óptico, en francés *opticien*. Gérôme, pues, ha descompuesto esta palabra en *au p'tit chien* y ha pintado un perrillo que se cala un monóculo. No puede ser más expresiva la interpretación.

En esto ha vuelto Gérôme á la tradición francesa, y aun podríamos decir que europea, como que no pocas emblemas y blasones están basados en retruécanos y juegos de palabras. Así, de *D' Aragón ó De Aragón* han venido *Dragó y Dragón*. El médico de Luis XI, Santiago Coictier, hubo de labrarse una casa, y mandó pintar sobre la puerta un albaricoquero, — en francés *abricotier*, — léase *Abri Coictier*.

El célebre Gustavo Doré se valió de otro *calembur* para designar su casa propia; el que pasaba por delante de ella veía, trazados en la fachada, sobre las cinco líneas del pentágrama las notas *do mi si la do ré* (*Domicile á Doré*).

Vemos, pues, que los modernos reanudan la tradición, pero no solamente eso, sino que se valen de los mismos recursos que los antiguos; en ese concurso de París se han visto muestras pintadas sobre madera ó tela, forjadas en hierro, modeladas en cerámica; ya suspendidas de una



LA MUESTRA NUEVA, por E. Blair Leighton

varilla, como la que aparece en el cuadro de Blair Leighton, ya empotradas en la pared ó clavadas contra ella.

Todo ello contribuye ciertamente á la «decoración de la calle» y redundan en beneficio de la estética, rompiendo la monotonía de la vía pública, tan feamente convertida hoy en rectilíneo túnel, implacablemente paralelo. Las muestras distraerán algún tanto del aburrimiento callejero, dejando ver aquí y allí un rasgo propio é individual que resalte sobre la fastidiosa superficie de las fachadas planas.

Es de esperar que el ejemplo de París, — si bien allí no han hecho más que imitar lo que desde hace años venía haciéndose en Alemania, — servirá de estímulo á nuestros tenderos para que *amenicen* las fachadas de sus establecimientos en la forma que llevamos dicha.



ESTRAGOS DEL TIEMPO

Ni primer carta de amores
no te acordarás, Dolores,
la recibiste asustado
á dos pardos ruiseñores
que de la huerta en las flores
un nido estaban formando.

Hay el tiempo ha transcurrido
y aunque sin darte al olvido
te escribo, hasta sin rencor...
Los años han destruido
huerto, flores, aves, nido
¡ay, Dolores! nuestro amor.

ANGEL R. CHAVES



PEPITORIA

Con el presente número recibirán los señores suscriptores y compradores el cuaderno 49.º de regalo del album JOYAS DEL ARTE.

BIBLIOTECA AZUL

Esta Biblioteca se publica por tomos en octavo menor de 200 á 300 páginas, con ricas cubiertas al color, y contiene las obras de los más insignes novelistas antiguos y modernos, pudiendo asegurarse que es la última palabra de la perfección y la economía. Todas las obras, traducidas con la mayor fidelidad y pulcritud aparecen íntegras, como el original.

Hasta ahora van publicados los siguientes tomos:

El asesinato del Puente Rojo, por Carlos Barbará.

Magdalena la Mendiga, por L. Jacoliot.

El tesoro del pirata, por L. Stevenson.

El crimen del molino de Usor, por L. Jacoliot.

Orso, por Enrique Syenekiewicz.

El Hijo Maldito, por H. de Balzac.

Las lágrimas de Juana, por Arsenio Houssaye.

La necesidad del crimen, por Julio Perrin.

Para pedidos dirigirse á la Administración de estas Bibliotecas, Plaza de Tetuán, 50, Barcelona.

..

Acaba de fallecer en Londres un estrambótico personaje, apellidado Arthington, quien desde hacía largos años arrastraba una existencia llena de privaciones, y cuya herencia se eleva á cerca de veinticinco millones de francos.

El estrafalario individuo en cuestión no gastaba más que setenta y

cinco céntimos en su única comida, que hacía al medio día.

Vestía, además, menos que medianamente, y vivía aislado de todo trato social, ocupándose únicamente de acumular al capital sus rentas casi intactas.

Su testamento, raro como su vida, consagra los veinticinco millones á la compra de Biblias anglicanas traducidas á los dialectos de todas las tribus africanas y asiáticas que practican el paganismo, y al envío á dichas regiones de misioneros protestantes, que deberán enseñar á leer, por lo menos, á diez personas por tribu.

Nos figuramos que uno de los primeros ejercicios de lectura, consistirá en deletrear el dístico siguiente:

—Valiente majadero era Arthington el avaro.

JEROGLIFICO

NOTA COMIDA

J. MORENO DE BONIS

Las soluciones en el próximo número

Cada día llegan nuevas de los triunfos sin fin que alcanza el anti-callosos del doctor LADIVONSIM.

GORJEOS

Cuando ella murió, el canario de la jaula se escapó; del cementerio en un sauce su triste nido labró.

MAXIMA, por Novejarque



Cuando veas á mis palomas á tu palomar pasar, dales un beso en el pico que ellas otro te darán.

Echa esas lágrimas fuera que el llanto pronto convierte en corderitos las fieras.

Que te mate me aconsejan, pero no tengas cuidado que el corazon no me deja.

No te confieses, serrana que luego á mi el padre cura me pone muy mala cara.

En las luchas de la vida fuerte fui por tu caribe; ahora que ya no me quieres soy más cobarde que un niño.

F. HERIZO ALVAREZ

..

Dicen de Sebastopol, que, cual si fuese á la iglesia, va la gente por *Magnesia* de la marca SAN-IMOL.

SOLUCIONES

á los pasatiempos del número anterior

Refrán.—

NO HAY PE-OR-DUR-LA QUE-LA VERDAD-ER A

No hay peor burla que la verdadera.

Jeroglífico.—Entregado.

CORRESPONDENCIA PARTICULAR

G. F. y F.—Es lástima que abunden las incorrecciones en su poesía, pero no deja de ser bonito el asunto y la verificación es fácil.

R. M. X.—Madrid.—Se ha glossado tanto el título del cuaderno de Sorolla que ya no produce efecto todo cuanto se diga.

J. N. P.—Barcelona.—Con sentimiento debo decirle que no creo publicables sus *Lágrimas*.

R. F.—La Coruña.—Le escribo por correo, accediendo á su ruego, pero le advierto que no extrañe si otra vez le contesto al cabo de siete ó ocho años de recibida su grata, pues aborrezco, odio y detesto el género epistolar, el papel de cartas, los sobres y los sellos.

F. P.—Lo mismo la poesía que el artículo *Recordio de viejo* pecan por su estilo enrevesado y conceptuoso.

R. V.—Barcelona.—Es imposible dar por publicable una poesía en que ora se use usted por consonantes, ora por acentos. Hay que decidirse por una cosa ó por otra.

R. M. P.—Publicaré con el mayor gusto su artículo.

M. M.—Madrid.—No puedo complacerle.

A. M. R.—Árvalo.—Aceptado y se publicará.

RESERVADOS LOS DERECHOS DE PROPIEDAD ARTISTICA Y LITERARIA. — INSERTEN OTRAS NO SE DEBE EL VERDADERO DERECHO.

ESTABLECIMIENTO TIPOLITOGRAFICO EDITORIAL "LA IBERICA", PLAZA DE TETUAN, 50.-BARCELONA

Ayuntamiento de Madrid

BÉLGICA



GENDARME MONTADO